



*La torre se yergue sobre
reseco pedregoso lomo...*

TESTIMONIOS DEL PASADO

LA TORRE DE BUFILLA



Que España fué siempre tierra de castillos bien lo proclama con su nombre la meseta Central, que forjó la unidad hispánica. Tal importancia castellana hizo que ya en el código de Las Partidas se les dedicase gran atención. Mas pasada la vigencia y actualidad de aquellas épicas construcciones sobrevino

generalmente el mayor abandono y, a veces, hasta los hombres ayudaron eficazmente a la destructora acción de los elementos. No obstante, la mano del Estado lo atajó en parte, salvó y protegió lo principal, y esta política hoy cobra mayor interés plasmado en el Decreto de protección de los castillos de 22 de abril de 1954, la cuya sombra constituyóse la Asociación Española de Amigos de los Castillos para coadyuvar al empeño de las Autoridades.

Según el maogrado Ferrançis Luna, en el siglo X dijo el moro Rasis que en Valencia oha tantos castillos que sería gran sciencia de los contarlos todos. No cabe duda que de tal abundancia ya no podemos hablar y también que la mayoría de nuestros edificios militares, modestos muchas veces, son o les resta una simple torre que avizora tierra y mar.

Vaya, pues, mi modesta contribución a esta loable corriente pro castillos y sea en favor de una torre de humilde apariencia, por cuyos tostados muros resbalan infinitas miradas sin ver, sin posarse con un mínimo interés de observación, cuanto menos de admiración. Se trata de la torre de Bufilla, que puede verse desde el tren

eléctrico de Bétera, a la derecha, surgiendo gallarda del hondo, equidistante de la estación de Masías y la de aquella población.

Nosotros gustamos sumergirnos en evocaciones pretéritas, remotas. Nos place esforzarnos por captar, percibir o recrear el palpito, el aroma, el espíritu de los tiempos idos. Deléitamos visitar la desdichada soledad de las ruinas acrciciando un paramento, un retazo cerámico, etcétera. Y sobre todo, en los propicios atardeceres otoñales de Valencia, bellos y dorados como naranja madura, nos pasamos las horas muertas ensimismados frente a las huellas del tiempo, dialogando con las piedras en medio del augusto silencio, aguardando con escalofríos de emoción la voz de su arcano. ¡Qué bien resuena en el pecho de los españoles el gran poema «A las ruinas de Itálica»!

El barón de San Petrillo, con su luz erudita de investigador valencianísimo, nos rasga las tinieblas del pasado para darnos a conocer moradas y nobles antecesores de nuestro casa: regnicola. Así, nos ha mostrado el *Llibre del Repartiment*, donde consta que don Jaime I donó las alquerías de Bétera y Bufilla al Señor Lope Martín, como poseedor de la encomienda de Calatrava. Siguiéron como señores los comendadores de Bétera en dicha poderosa Orden de Caballería, hasta el siglo XIV, en que el maestro Gonzalo Muñoz la cedió, en feudación con Bétera y otros lugares, al famoso don Pedro Boil. Así, de mano en mano, fué pasando a varias preclaras familias valencianas. Uno de los señores de la torre fué Virrey de Nápoles. En 1633 lo hereda la prócer y refinada casa de Almunia, que conservó la propiedad de Bufilla hasta hace poco.

Estas venerables ruinas históricas, presididas por es-

beita torre —24 m. de altura—, coronada por aves de rapiña, se alzan sobre ligera, suave eminencia rocosa ceñida por los verdes hortalanos de fértiles tierras aluviales. Altozano de unos 30.000 m², semeja una pupa de excrecencias calcáreas, escombrera de los cuidados campos aladaños, amén de pedrizal incrementada por los restos del castillo y poblado anejo. En fin, que la torre se yergue sobre reseco, pedregoso lomo, en parte cruzado por el arado, mostrando menguados ejemplares del oriental y robusto algarrobo, que un tiempo, con la vid, cubrió todos aquellos contornos y donde crecen también el tomillo, romero, cardo, aliaga, té, piperela, albaida, zarza, olivarda, mirto, hinojo, ruda, palmíto, enebro, zarzaparrilla, acebuche y profusión de granados silvestres. La sencilla plataforma, de unos 50 metros de altitud, no es ni remotamente inexpugnable. La torre rompe con sus líneas aplomadas el dominio de la horizontal en el paisaje. Se marca un fuerte contraste entre la jocunda vida vegetal circundante y el esqueleto de las ruinas montado sobre el secarzal del repecho. Los verdes bajan de Bétera —unos 3 km. al Norte—, con dos barrancos que se bifurcan antes de llegar a Bufilla ensanchándose más y más hacia el mar. Por el Noroeste componen los naranjales de las bajas martirizadas riberas de Carraxet-Piá de Andanas, que se pierden en el azul del mar, destacando los senos de unos cerros con los del Puig y su Monasterio junto a las humaredas de los Altos Hornos saguntinos. Al otro flanco, leve vaguada o ramblizo ocupado por fértiles tablares escalonados limitados por la frontera loma del Carrascal, que presenta entre olivos y algarrobos demolidas fortificaciones de la pasada guerra y a cuyo pie corre el agua vivificante que llega del pueblo escoltada por el festón de floridos carrizos, empenachadas cañaveras y juncos abodocados.

En el archivo oficial arqueológico, Bufilla consta como estación romana, de lo que no hallamos vestigio, aunque no sería de extrañar fuera asiento de alguna villa romana, pues no lejos dió con el magnífico mosaico romano nuestro querido amigo y maestro don José Senent. Pero lo que salta a la vista, desparramados por doquier, no ya en torno a la cisterna, es la profusión de tiestos cerámicos de toda laya y factura, generalmente de traza morisca, como también de bellos platos pateneros del siglo XIII al XIV.

La torre, cuadrada —6 m. de lado— y tronco piramidal, recuerda los torreones del castillo-palacio veterano y es acceso semejante a las árabes de Benifayó denominadas Espioca y Muza. De toda la fortaleza ya apenas destaca la torre desmochada, de roídos adarves y deshechas almenas, agrietada, abriéndose cual las granadas que por allí nos muestran sus encendidos y desbordantes granos; en trance de perder el tercio superior y, por ende, la arrogante prestancia. Del poblado ya no queda rastro, sino montones de piedras e innumerables trozos de tejas, ladrillos y vasijas, aunque podemos ver algo de modesta pared y apreciar líneas de cimentación que indican escuetos recintos. Suponemos que el poblado desapareció con la expulsión de los moriscos, quienes serían los creadores del agro circundante, que pronto tornó a ser atochal o trocóse en estériles añojales.

Los dominios del rancio señorío se han fraccionado, quedando su propiedad entre varias masadas, como las próximas de Quiquet, Almunia y Concepción, a la primera de las cuales corresponde la posesión de la torre, cuyo propietario actual, por compra a los señores Moróder, es don Joaquín Martín, quien lleva por ironía del destino igual patronímico que el primer Señor. Y deseoso de noticias directas, tangibles, nos encaminamos un día a la mentada heredad. El dueño casualmente había llegado en su coche de Valencia para ver la marcha de la finca en plena actividad: el tractor roturando y los naranjos regándose, a la par que les descargaban del áureo fruto. El nuevo y moderno señor contestó a mi pretensión diciendo que no sabía nada de nada respecto a su torre.

Y es que se fué fragmentando el dominio, dividiéndose la propiedad, con lo cual se intensificó, se mejoró



Otro aspecto de la torre de Bufilla.

el cultivo y multiplicóse la riqueza; mas también, con el incremento del valor material, se dieron al olvido los espirituales, las nobles ejecutorias, el glorioso pasado que, como esta torre en su muda elocuencia, acusa, mientras sufre la incuria y el desdén... Ante semejante proceder no puede extrañar la indiferencia de los pobres jornaleros que, dos veces al día, pasan ante ella con la más natural inconsciencia y desinterés.

Y este hito de la historia valenciana, reliquia de nuestro pasado en trance de muerte definitiva, arrumbado como trasto viejo, etapa superada, fué testigo de tantos fastos como la decisiva, sangrienta toma y destrucción de la Torre de Moncada por el Conquistador; de la victoria de los unionistas, acaudillados por Dalmáu de Cruilles, sobre las tropas reales al mando de don Pedro de Jérica; del repliegue de O'Donnell frente a Suchet en la guerra napoleónica; vió desfilar, en fin, la honra y prez de los caballeros valencianos de los tiempos áureos.

Como enamorados de nuestro legendario pasado, del más rancio zabolengo, deseamos y exhortamos con vehemencia a todos: los obligados moralmente, las Autoridades y los Amigos de los Castillos, para que no permitan más desafueros de los agentes atmosféricos, más despiadada incuria, más insensibilidad histórica y evitemos que la nobilísima torre sea cualquier día un feo tucón o dramático muñón clamando al cielo para dejar pronto por todo vestigio miserable polvo.

Como buenos hijos, sermos dignos de nuestro pasado, veneremos las reliquias de nuestros progenitores y guardemos los testimonios de su vivir para lección de nuestros hijos. Salvemos en lo posible aquellas ruinas que enclavadas en estratégico y bello escenario todavía pueden prestarnos algún importante servicio. Nuestra riqueza material y espiritual exigen que salvemos las pocas fábricas militares que un día defendieron nuestras atrayentes fajas costeras.

Tal vez el histórico solar pudiera ser un centro docente volante o semivolante para la gran población infantil diseminada por unas cincuenta masadas de los contornos, a la par que centro de formación cívico-patriótica de la juventud, y hasta cabría instalar una granja-escuela de experimentación que podría cubrir los gastos de la siembra y cultivo de las nuevas generaciones.

Reanímemos, revaloricemos, actualicemos como mejor y más asequible sea a las Autoridades para el bien y la gloria de Valencia, de España, de la nueva humanidad.

ALONSO VALENTINO

(FOTOS DE JESUS ALONSO)